

¿Es Dios un problema en tu vida?

Segunda carta a un Universitario

Juan Sobrino, S. J.

El autor trataba en su carta anterior¹ de los problemas que plantea a muchos su juventud: crisis de los valores antiguos, crisis de responsabilidad, el problema del mal.

Ahora nos va a hablar de una tercera crisis que se presenta al universitario, precisamente por ser universitario y que tiene que ver con el problema de Dios. El P. Sobrino, joven y universitario también, se refiere al nuevo mundo intelectual, al mundo de las ideas en que sus colegas estudiantes universitarios se mueven.

L A C R I S I S R A C I O N A L I Z A N T E .

El saber fascina, sobre todo a los comienzos. Aristóteles llegó a decir que el fin del hombre es la contemplación de lo intelectual.

Yo no estoy totalmente de acuerdo con esto, pero sí hay que reconocer la satisfacción extraordinaria que produce el saber, el reflexionar, el poder robar a las cosas y a las situaciones sus secretos, reflexionando sobre ellos. La razón de esta satisfacción que produce el saber parece estar en que por su naturaleza saber es controlar de algún modo lo que tenemos delante y se nos presenta en un principio como enigma. El saber es, como decían los antiguos, poseer de alguna manera lo conocido.

Aristóteles llegó a decir que el alma es de alguna manera todas las cosas, porque puede conocerlas todas. Como universitario habrás experimentado esto alguna vez. Las ciencias exactas que dependen de las matemáticas ejercen una fascinación especial. Poco a poco se van desvelando los misterios de la naturaleza: las leyes del átomo, de la corriente eléctrica, de las reacciones químicas. Y en las así llamadas ciencias del hombre, qué satisfacción produce el poder conocer las causas de un acontecimiento histórico, investigar las reacciones de los pueblos ante un fenómeno cultural o el mecanismo sicológico de la motivación! La ciencia produce un placer profundo y, aunque el estudiar sea a veces aburrido y penoso, el conocer nos da una sensación de superioridad, que no deja de ser agradable, pues no nos deja solos ante las cosas sino que nos da una posibilidad de controlarlas, precisamente conociéndolas.

Pero el saber, como todo lo valioso, es ambivalente: nos ofrece las máximas posibilidades de desarrollarnos, pero también supone el peligro de hacernos esclavos y no señores de ese mismo saber. Es otra de las muchas paradojas de la vida en la que las cosas más valiosas son las más delicadas, y constituyen una verdadera espada de dos filos, que nos pueden ennobecer y nos pueden denigrar. Piensa un momento en las cosas más grandes que tenemos: el amor, la libertad, el mismo Dios. Qué cosas tan nobles se han hecho en su nombre y también qué cosas tan desecables!

El saber produce satisfacción:

1.—Véase "ECA", Nov. 1967.

Los peligros que nos presenta el saber son a mi juicio de dos tipos. El primero, más propio de personas ya avanzadas en la vida intelectual, es el escepticismo, es decir, el desengaño intelectual. Al principio el peligro suele ser el opuesto, una supervvalorización de la razón humana. Es lo que se ha llamado racionalismo. Es una especie de buscar un refugio en la razón ante las imprevisiones y paradojas de la vida. En el fondo es un idealismo que quiere que la vida siga las indicaciones de la razón y no viceversa. Es querer jugar un poco a ser creadores del mundo, a darle al mundo unas leyes impuestas por nuestra razón, cuando el verdadero papel de la razón es descubrir, no crear, la estructura del mundo en que vivimos.

¿Qué tiene que ver todo esto con el problema de Dios? ¿Es que no hemos oido que la razón puede llegar a Dios? El peligro no está a mi juicio en el esfuerzo del hombre por llegar a Dios por la razón, cosa que han hecho los pensadores desde los albores de la cultura. El peligro no está pues en el esfuerzo de la razón, sino en la actitud racionalista que suele dirigir ese esfuerzo. Llamo actitud racionalista a la actitud del hombre que habiendo descubierto la fuerza ordenadora, controladora de la razón humana, tiene la secreta esperanza, aunque a veces no sea de ello consciente, de poder controlar "toda" la vida. Por eso cuando se ataca el problema de Dios con una actitud más o menos racionalista viene una nueva crisis. Y la razón es muy sencilla. Dios no se deja controlar por nada, ni siquiera por la razón. Dios no es un objeto más en el horizonte de la razón; no es como la piedra escondida en el camino, que puede ser descubierta con un potente reflector. A Dios no nos lo podemos meter en el bolsillo, ni siquiera en un bolsillo tan noble y elevado como la razón. No digo, repito, que no haya caminos racionales hacia Dios, pero afirmo que a Dios no se llega racionalmente con la misma actitud con la que se llega al descubrimiento del átomo.

Pero puede
llevarnos al
escepticismo
o al
racionalismo.

El joven universitario, por ley de vida, por el impacto enorme que le ha producido el descubrimiento de la razón, suele tener, al principio por lo menos, una actitud racionalista. Esta actitud se descubre en la típica pregunta: ¿Me puede demostrar Ud. la existencia de Dios? La pregunta es legítima, pero las respuestas a una pregunta así formulada no suelen convencer casi nunca. Y eso por la actitud con que se hace la pregunta. Si el problema de Dios se resolviese como se resuelve un problema matemático o una investigación estadística sobre las condiciones sociales, aunque la solución fuese difícil, quizás imposible para algún estudiante concreto, el universitario se sentiría como en su mundo, porque conoce los métodos con que se resuelven esos problemas. En el fondo se sentiría a gusto porque controlaría la marcha y solución del problema.

Pero aquí viene la dificultad y la crisis. Si tenemos que llegar al "verdadero" Dios hay un momento en que tenemos que pasar de "controlar" a "ser controlados". Y este momento es el que hace difícil la actitud racionalista. Hay caminos racionales hacia Dios, pero al final en el encuentro con Dios, la fuerza controladora de la razón se ve controlada por el mismo Dios, si es que, repito, hemos caminado en la dirección del verdadero Dios, y no de un ídolo hecho a nuestra imagen y semejanza. Esta es una situación difícil para el universitario que con su razón recién estrenada se encuentra con que el problema más importante no lo puede resolver con la razón del mismo modo como ha resuelto otros problemas.

Quisiera explicar un poco más esto que he llamado crisis racionalista y la subsiguiente angustia que puede ocasionar cuando experimentamos

que Dios no se deja encuadrar en el esquema racionalista, y quizás dar también un poco de luz sobre cómo se puede pasar de esa actitud racionalista a otra que es verdaderamente racional.

Quizás sea una perogrullada decir que la razón es parte de la vida, pero como toda perogrullada es difícil de entender. Marx lanzó críticas agudas contra aquellos que sacrificaban el hombre a la economía, al Estado o a la religión. El llamó a esto alienación, es decir, el fenómeno por el cual el hombre en lo más profundo de su ser desaparece, para hacerse parte de algo que no es él, como la economía, la política o la religión.

Me gustaría usar el mismo término para describir la actitud racionalista. El razonar es una de las actividades más nobles del hombre, pero el racionalismo ¿no es una verdadera alienación intelectual? Hablando del problema de Dios ¿no es verdad que muchas veces queremos buscar a Dios usando recetas racionalistas, olvidándonos de buscarlo en nuestra vida? ¿No tratamos de reducir a Dios a un concepto, a una idea, una noción cuya verdad queremos demostrar, y nos olvidamos de verle y sentirle en nuestra vida concreta del trabajo, del estudio, de las diversiones, del dolor? ¿No somos racionalistas cuando, haciendo caso omiso de Dios en nuestra vida concreta, exigimos de la razón pruebas concluyentes de su existencia? ¿Es que la razón se alimenta del aire y no de nuestra vida concreta?

No voy a negar que la razón tiene estructuras que pueden sobrepasar y trascender lo concreto, que pueden llegar a verdades universales, como suele decirse. Pero ¿de dónde se nutre la razón para llegar a esas conclusiones? El mismo Platón, tan amante de la razón y las ideas universales, ¿no nos dice que lo concreto es una imagen de lo universal, camino necesario para llegar a la contemplación de esas formas universales?

Volviendo a nuestro tema, si en nuestra vida concreta no aparece ni rastro de Dios, por así decirlo, ¿cómo podemos esperar reconocer a ese Dios como conclusión de un raciocinio? ¿No es esto racionalismo? ¿No es esto en último término hacer una distinción fatal entre la "idea" de Dios y el "Dios vivo" que habita en nosotros?

Hace poco leí un libro interesante de J. C. Murray. Sólo el título de los dos primeros capítulos me hizo reflexionar. Estos eran: La presencia de Dios, La comprensión de Dios.

En estas dos frases se resume nuestro problema. Prescindiendo ahora del problema teórico de si se puede llegar a una comprensión de Dios sin ningún interés personal por él, nos podemos preguntar: para el hombre ordinario ¿es posible llegar a una "comprensión" de Dios, sin haber experimentado su "presencia"? En otras palabras ¿se puede resolver el problema de la "existencia" de Dios sin al mismo tiempo buscar su "presencia"? Repito que no es imposible teóricamente llegar filosóficamente a la conclusión de la existencia de un ser absoluto y supremo, pero sin su presencia ¿no se convierte ese ser absoluto en una X con mayúscula, en una explicación del universo, pero no en una persona que me dice algo?

¿Qué se deduce de todo esto? Que la actitud racionalista no es suficiente para buscar una solución al problema de Dios, que si no buscamos a Dios donde El está presente, normalmente la razón no tendrá fuerzas para encontrarle por sí sola, porque, repito, Dios no es la X de una ecuación. El cristiano sabe donde está Dios. El nos lo ha dicho: en la acción de gracias que es la Misa, en el diálogo de la oración, en la vida de cada

En la búsqueda de Dios no basta sólo la razón.

**Porque a Dios
no se le
“comprende”,
si no se bus-
ca al mismo
tiempo su
“presencia”.**

día, en sus alegrías y en sus sufrimientos, y finalmente en el hombre con quien hablo todos los días. Sin un esfuerzo serio de encontrar a Dios “ahí”, la razón sólo puede dar unos pasos y esos a tientas.

En otras palabras, el problema de Dios no es meramente intelectual. Ciertamente ofrece un aspecto intelectual, una exigencia para la razón que hay que satisfacer. Pero la solución intelectual no vendrá como por arte de magia. Sólo vendrá si ha habido un esfuerzo serio por sentir la presencia de Dios en nuestra vida.

Por eso hay que tener responsabilidad y constancia en la búsqueda de Dios. Quizás el Dios silencioso ahora aparecerá claramente ante la presencia de un sacrificio heroico, de la fidelidad de un amor, o en un momento de oración. Quizás el Dios que se le ha escapado a la razón dejará sentir su presencia en el corazón. Lo que sí seguirá siendo cierto es que es una utopía buscar una solución intelectual sobre la existencia de Dios haciendo caso omiso de El en la vida, que si la ciencia de Dios es importante es mucho más fundamental la experiencia de Dios. Esta puede ser lejana, oscura y mediata, pero sin ella el problema de Dios no tiene solución.

Hay momentos en la vida en que buscamos soluciones puramente intelectuales, buscamos un libro que nos oriente en el problema de Dios, como en cualquier otro problema. Las bibliotecas están llenas de ellos. Algunos, como Agustín, Tomás, Marcel o Bernanos están a favor de Dios; otros como Marx, Freud, Sartre o Camus dicen que están en contra. Sería absurdo resolver el problema estadísticamente o echando a cara y cruz. Una biblioteca aséptica, sin contacto con la vida, no es el mejor sitio para encontrar a Dios.

El único libro que Dios ha escrito, la Escritura, no es un tratado filosófico, ni siquiera teológico sobre sí mismo. Es la narración de una historia. La historia de su presencia entre los hombres. Si no sentimos de alguna manera su presencia, entonces el problema de su existencia es académico. Si no estamos preparados para hacer sitio a “otro” en nuestra vida, si mi “yo” es el centro de mi mundo y lo llena todo, entonces Dios no aflora a la superficie de nuestra vida y vive escondido. Esa es la terrible amenaza de Isaías: “Ay de los que son sabios a sus ojos y son prudentes delante de sí mismos!”

Este es el Dios misterioso de nuestra vida que nos rodea, que escapa a la sabiduría académica del hombre, no porque esta no sea valiosa, sino porque la sabiduría humana es también obra de Dios y por lo tanto no puede abarcar a Dios sin degradarlo. Ciertamente nuestro destino es extraño. Buscamos conocer a Dios y éste parece que se nos escapa. Pero esto no debe asustarnos. El que de veras busca a Dios ya le ha encontrado. Quizás no oiga todavía sus palabras claramente, pero donde hay búsqueda honrada y sincera ahí está Dios. Dios es el que nos mueve a buscar a Dios.

Voy a terminar esta ya larga carta. En ella no he querido más que decirte que ahora que empiezas una nueva vida, en muchos respectos empiezas también una nueva relación con Dios, tan nueva que al principio puedes asustarte.

He tratado de explicarte por qué puede ocurrir esto, por qué puede venir un período de incertidumbre, de angustia, pero también de madurez con Dios.

Sin embargo el explicar el por qué de la crisis no soluciona el problema. Esto depende de nuestra decisión. Y las decisiones están siempre y únicamente en nuestras manos, no en manos de otro.

Cómo y por qué se toma una decisión sobre Dios es algo que llevaría mucho más tiempo explicarlo y en el fondo tampoco sabría qué decirte, pues eso sería entrar en el misterio más profundo del hombre, donde sólo Dios ve.

Basta, pues, por hoy. Ojalá vibren en tus oídos las palabras de San Juan en su primera carta: "Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros". Ojalá suene esa palabra de Dios, el Dios de nuestros padres, el Dios que sacó a Abraham de la casa de sus padres, para llevarle a una nueva tierra; el Dios del profeta Jeremías, cuya palabra ardía en las entrañas del profeta; el Dios de Juan, que es mayor que nuestros corazones; el Dios de Pablo, en quien vivimos y nos movemos; y sobre todo, el Dios de nuestro Señor Jesucristo, sin el cual no sabemos ni qué es Dios, ni qué somos, ni qué es la vida, ni qué es la muerte.

Un cordial saludo.

Juan Sobrino, S. J.

VALDEPERAS

Taller de Escultura y Pintura, Especialidad en la hechura de imágenes de Madera. Dorado en Altares.

4^a Calle Oriente N° 803.
San Salvador, El Salvador.

Calle Siriaco López N° 2-3,
Santa Tecla.

LECHE "CETECO"

**JUGOS "KERN"
GELATINAS "IMPERIAL"
CHOCOLATE "REX"**

**NASSER Y Co.
DISTRIBUIDORES DE MARCAS FAMOSAS
SAN SALVADOR.**